

la plaza. Pintaban á los sitiadores enteramente desanimados por las considerables pérdidas que habían sufrido el día anterior, y á los soldados altamente descontentos. Esto aumentaba la confianza del ejército imperialista, y ningun individuo de él dudaba de que la fortuna les sería completamente favorable.

Mientras los imperialistas acariciaban la halagadora idea de un próximo triunfo, el general en jefe del ejército sitiador, así como su segundo D. Ramon Corona, daban

1867. disposiciones que juzgaban eficaces para impedir la salida de sus contrarios, y ordenaron que se hiciesen con actividad los trabajos de zapa necesarios.

En los momentos mismos en que el emperador se había ocupado en distribuir premios entre los oficiales y soldados que más se habían distinguido en la acción de guerra del día anterior, recibió el general republicano D. Ramon Corona la noticia de que el general imperialista Olvera, con trescientos hombres que había organizado en la Sierra, se acercaba con objeto de hostilizar la retaguardia del ejército de Occidente. No era esa ciertamente la intención del general Olvera. Ignoraba que las considerables fuerzas de Escobedo, Corona y del cuerpo de ejército del Centro se hallasen reunidas ya sobre Querétaro, y se dirigía hácia esta plaza, en que había sido esperado desde los últimos días de Febrero para que quedase custodiando la ciudad.

En el momento que el general republicano D. Ramon Corona tuvo noticia el día 15 de que se aproximaba, dió orden al general D. Aureliano Rivera, para que con una

fuerza de caballería marchase á batirle, y puso en conocimiento del general en jefe D. Mariano Escobedo la disposición que había dictado, la cual fué aprobada por éste. El general imperialista Olvera no contando con tropas suficientes para esperar á sus contrarios ni haberse puesto en comunicacion con las fuerzas de la plaza, ni contar con armamento para aumentar el número de su gente, regresó á la Sierra, sin que hubiese podido dar ni aun aviso de su movimiento al ejército sitiado.

Como los desertores que se habían presentado en Querétaro pintaban á las tropas sitiadoras llenas de desaliento, el general D. Miguel Miramon instaba al emperador á dar un ataque á los sitiadores, acometiéndoles en sus posiciones de San Pablo y cerro de San Gregorio. La circunstancia de no haber intentado nada los sitiadores sobre la plaza durante los días 15 y 16, contribuyó á dar fuerza á las noticias de los desertores que presentaban desa-

1867. lentado al ejército liberal. El general don Marzo. Miguel Miramon juzgaba, en consecuencia, oportuno el momento de tomar la ofensiva, cayendo de repente sobre los dos puntos indicados. El soberano, aunque había consultado con el general don Leonardo Marquez, cuya opinion respetaba mucho, y ésta era que se debía esperar un segundo ataque, en que los sitiadores quedarían muy debilitados, pudiendo en seguida acometerles se decidió á atacar como anhelaba Miramon.

Resuelto el ataque por el emperador, el general don Leonardo Marquez, dió las órdenes necesarias para su realización. El plan de Miramon era atacar, como he dicho, las posiciones de San Pablo y San Gregorio, en la

madrugada del 17. El general Calvo recibió orden de que cubriera el punto de la Cruz con el depósito de oficiales; y el general D. Ramon Mendez de que relevase con la brigada de reserva la division del general D. Severo del Castillo, á fin de que este concurriese al ataque del cerro de San Gregorio. Diez y ocho piezas de artillería se colocaron durante la noche del 16 frente á las posiciones de los republicanos, con las cuales debía romperse el fuego sobre los sitiadores. El emperador Maximiliano, acompañado de su estado mayor marchó á las dos de la mañana del 17 á situarse en el Cerro de las Campanas. El general don Leonardo Marquez estaba á su lado. Todas las fuerzas que habian recibido orden de hacer algun movimiento, empezaron á ejecutarlo á la hora indicada. La division de reserva que iba á las órdenes del general D. Ramon Mendez, se dirigía igualmente á cumplir con la suya; pero en la calle que conduce de la plaza de San Francisco al puente de San Sebastian, se encontró con el paso obstruido por una trinchera, así como por carros despedazados y por un cañon que se volcó al pasar junto al foso. Esto impedía la prontitud en la marcha; la batería del subteniente D. Alberto Hans se vió imposibilitada de continuar ésta, como lo refiere él mismo en sus *Memorias*; los dragones de la Emperatriz querían pasar á toda costa, y en medio de esa confusion, todo se entorpecía.

1837.

Marzo.

Por fin se quitaron todos los obstáculos; pero cuando se empezaba á restablecerse el orden para continuar la marcha, el general D. Ramon Mendez, recibió un recado del jefe que había quedado en la Cruz, en que le decia, que los sitiadores, adivinando sin duda el objeto

del movimiento verificado, se disponían á atacarle. El general Mendez, dando orden á sus soldados de que permanecieran donde estaban, corrió inmediatamente al Cerro de las Campanas donde se hallaba el emperador, puso en conocimiento de éste la causa que había motivado la detencion de su tropa, y el aviso que acababa de recibir de que los sitiadores se disponían á atacar la Cruz. Maximiliano consultó al general Marquez lo que debía hacerse. Como la oportunidad de acometer la posicion de San Gregorio había pasado por la tardanza de la reserva, causada por el obstáculo que interrumpió su marcha, y ya el ejército sitiador se había apercebido del movimiento, el general Marquez contestó, que lo importante en su concepto, era conservar la Cruz sobre todo, pues era la clave de la ciudad.

En aquellos momentos se oyeron las repetidas detonaciones de las piezas de artillería que los sitiadores tenían en el Cerro de las Carretas. El fuego vivísimo de ellas se dirigía, con efecto, á la posicion de la Cruz.

El emperador dió orden al general Marquez de que se suspendiese el ataque dispuesto á los cerros de San Pablo y San Gregorio. Marquez se dirigió inmediatamente, montado en su veloz caballo, á donde se hallaba Miramon dispuesto ya al combate, y le hizo saber la orden del soberano, mientras éste, acompañado del coronel de artillería D. Manuel Ramirez de Arellano, marchaba corriendo á la Cruz, hácia cuyo punto se hizo volver á la reserva con el general Mendez.

El general D. Miguel Miramon, al oír que se le mandaba suspender el ataque, envainó furioso la espada, ar-

rojó al suelo su sombrero, y volvió pálido de cólera á la ciudad con sus tropas. Creyó ver en los obstáculos que hicieron retardar la marcha del general D. Ramon Men-

dez, un medio de que se valieron algunos

1867. Marzo. émulos para privarle de alcanzar la gloria

que esperaba; y en la exaltacion del enojo que le dominaba, dijo al ministro de Hacienda, D. Santiago Vidaurri, á quien encontró á caballo frente al palacio municipal, «que hiciese saber al emperador que no contase con él para ningun proyecto de ataque ni para ningun consejo de guerra; que obedecería todas las órdenes que le diese, pero nada más (1).» Don Santiago Vidaurri trató de calmarle, y lo consiguió en parte; pero tuvo buen cuidado, porque así lo exigía la prudencia, de no decir al emperador las palabras que Miramon le había encargado.

No había sido sin embargo efecto de intriga ninguna el no haber llegado oportunamente el general D. Ramon Mendez á relevar al general D. Severo del Castillo, para que éste se hallase á tiempo en el sitio que tenía que atacar. La tardanza fue debida realmente á un hecho casual que hizo perder á los imperialistas la ocasion oportuna del ataque.

Por lo que hace al aviso dado por el jefe que había quedado en la Cruz, su deber era dar parte de lo que observase en el punto que se le había confiado, y, con efecto, los movimientos que los sitiadores hicieron frente á la

(1) Hans, *Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.*

Cruz, indicaban que se intentaba un ataque á la posicion. Reframos los motivos que obligaron á los jefes liberales á verificar esos movimientos.

No bien apareció formada la columna de Miramon como intentando un ataque sobre los cerros de San Pablo y San Gregorio en la madrugada, cuando el general don Ramon Corona, sospechando lo que se intentaba, dictó las órdenes que juzgó convenientes para contener á sus contrarios. Con este objeto, trató de llamar fuertemente la

1867. atencion amenazando al convento de la Cruz,

Marzo. mandando romper un vivo fuego de artillería desde el cerro de Carretas sobre la importante posicion imperialista.

Si la reserva con el general D. Ramon Mendez hubiera llegado á su punto en el instante convenido, la del general D. Severo del Castillo se habría hallado en el que se le había indicado, y el ataque por Miramon sobre los cerros de San Pablo y San Gregorio podían haber sido favorables á las armas imperialistas; pero habiendo pasado la hora convenida por la causa referida, y habiendo sido percibido el movimiento por las fuerzas sitiadoras, la prudencia exigía resguardar el sitio amenazado de la Cruz, que había quedado con una corta fuerza.

El emperador sintió que el plan del general Miramon no se hubiese podido verificar por la tardanza de la reserva y por el alarmante aviso del comandante de la Cruz. Había acariciado la esperanza de un triunfo, mejorando notablemente con aquel movimiento la posicion que guardaban las tropas de la plaza, y experimentó un verdadero pesar por el contratiempo que impidió llevarlo á cabo.

Entre tanto, los sitiadores continuaban fortificando su campamento y activaban las obras de zapa para encerrar en Querétaro á sus contrarios. El gobierno de don Benito Juárez, establecido ya en San Luís, enviaba, en abundancia, rifles, municiones y artillería, á la vez que el gobernador de Guanajuato envió una seccion médica de cuatro profesores y otros tantos practicantes para que atendiesen á los hospitales del ejército sitiador.

Viendo el emperador Maximiliano que el plan del general en jefe del ejército republicano era establecer un sitio rigoroso sin intentar nuevos ataques sobre la plaza, deseaba conocer la opinion particular de algunos de sus generales respecto de lo que en concepto de ellos debía hacerse en aquel caso. Tratando de ese asunto se hallaba con el general don Ramon Mendez en el convento de la Cruz. cuando llegó el general don Leonardo Marquez. El emperador le dirigió inmediatamente la palabra, preguntándole lo que juzgaba que sería conveniente hacer en la situacion que las cosas guardaban. La respuesta del general Marquez, fué la siguiente: «Señor, si como soldado

1867. he de contestar, no puedo decir más sinó que
Marzo. debemos permanecer al frente del enemigo hasta que se decida la cuestion; pero si hemos de tener en consideracion la parte política y la existencia del Imperio que fácilmente puede desaparecer en esta Ciudad, creo que se debe ocurrir á los recursos del arte, y obrar extratégicamente para salir de nuestra posicion.

«Por esto pues, si yo mandara aquí, que es el caso que V. M. me ha puesto, con el mayor sigilo organizaría mi marcha en el silencio de la noche, y al amanecer rompe-

ría el sitio, por el camino de Celaya en que serian derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa linea y que no podrían resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaría violentamente de la Estancia de las Vacas: daría el frente á la Ciudad, y esperaría al enemigo: que si iba á buscarme tenía yo segura la victoria en aquella excelente posicion, y si no, yo continuaba tranquilamente para Celaya, haciendo creer que me dirigía á Guanajuato. El día siguiente en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro día en lugar de tomar este camino seguiría el de Maravatio é Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habría yo prevenido ya á la guarnicion de Méjico que saliese á mi encuentro posesionándose del monte de las Cruces, y antes tambien habría dado la orden para que la guarnicion de Puebla se replegase á Méjico. De este modo reuniría, con los 9,000 hombres que hay aquí: 5,000 en Méjico, 3,000 en Puebla, y 3,000 que, entre ambas ciudades se reclutarían fácilmente en pocos días, un total de 20,000 hombres con 100 piezas de artillería de campaña, con lo que libraría una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis órdenes lo más florido y lo más afamado del ejército en generales, jefes y oficiales, terminando así la cuestion de una manera tan completa que quedáramos dueños enteramente de todo el país, puesto que, así como yo hubiera reunido todos mis elementos, tambien el enemigo habria reunido los suyos; de consiguiente al ser derrotado, quedaria sin ninguno.

«Este camino Señor, es carretero y amplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, además de dinero para socorrer las tropas; y dichas poblaciones están unas de otras con poca diferencia á una jornada de distancia. No creo, Señor, que el enemigo que no nos batió en el Cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera, me batiría y correría mi suerte; y si no, llegaría tranquilamente á Méjico para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.»

1867. Al acabar de hablar el general D. Leonardo Marzo. do Marquez, brilló en el rostro del soberano la satisfaccion y la alegría, y preguntó su opinion al general D. Ramon Mendez que, como he dicho, se hallaba con el emperador. Mendez respondió que consideraba lo que acababa de oír, como la cosa más acertada que podía hacerse. En esos momentos apareció el general D. Miguel Miramon. El soberano, contento de verle llegar en aquel instante oportuno, le hizo saber el pensamiento emitido por Marquez, pero sin decirle que era de éste, pues así se lo había suplicado el referido Marquez. El general don Miguel Miramon al informarse del proyecto, contestó: «Señor, quien ha dicho eso á V. M. le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer.» El soberano le preguntó entonces: «¿Usted me responde del movimiento?» —«Sí señor, yo respondo á V. M.» contestó Miramon. El general D. Severo del Castillo, á quien poco despues fué á ver el emperador en union de D. Leonardo Marquez, dió la misma contestacion que había dado Miramon, esto

es, que aseguraba el buen éxito de la empresa. Tambien el general D. Santiago Vidaurri, que desempeñaba el cargo de Ministro de Hacienda, aceptó la idea de la salida de Querétaro, pero opinando que en vez de ir á Méjico se marchase á Monterey, donde aseguraba al soberano aguerriada gente, cañones, rifles, municiones, dinero, y cuanto fuese necesario para el triunfo de la causa. El único que no juzgó aceptable el plan y que se opuso resueltamente á él, fué el general D. Tomás Mejía. Dijo que era impracticable el proyecto, porque apenas el ejército imperialista hubiese salido de la ciudad, las numerosas fuerzas republicanas que sitiaban la plaza, cargarían por todas partes sobre él, haciéndole pedazos sin darle ni aun tiempo para formarse en batalla. Ofreció al soberano llevarle seguro hasta Méjico por la Sierra; pero dejando abandonados en Querétaro todos los cañones, los carros de municiones, los equipajes, y cuanto no fuese posible llevar por el escabroso camino de la espresada Sierra. El emperador sintió una profunda pena ante el triste cuadro que se presentó á su imaginacion alejándose de la ciudad dejando todo lo que sirve á la defensa de un ejército, y dijo tristemente, dirigiendo la palabra á D. Leonardo Marquez: «Es la primera campaña que hago en este país, y me dá vergüenza volver á Méjico, habiendo perdido mi artillería y mis trenes (1).»

(1) Refutacion hecha por el general D. Leonardo Marquez al escrito del general D. Manuel Ramirez de Arellano.